

El universo de Arias Montano en la Real Biblioteca de El Escorial

Por JUAN LOSADA



Biblioteca del Real Monasterio de El Escorial.

Benito Arias Montano, nacido en las montañas extremeñas de Fregenal de la Sierra en 1527, hijo de un notario del santo oficio de la Inquisición, hidalgo sin demasiados bienes ni prebendas, es uno de los personajes del tiempo de Felipe II de más alta consideración histórica por sus excepcionales cualidades humanísticas y científicas. Estudiante en las Universidades de Sevilla, Alcalá de Henares y Salamanca, doctor en diversas disciplinas académicas, en textos hebreos, orientalista de primera magnitud, dueño de una poderosa erudición humanista, fue creador de la Real Biblioteca del Monasterio de El Escorial, siguiendo las órdenes del Rey Felipe II, quien también tuvo el placer de elegirle como profesor de hebreo del Colegio escorialense fundado por el mismo Soberano. Superdotado en las ciencias del saber, fue uno de los sabios frailes que se reunieron en aquella cátedra que tanta resonancia tuvo en la historia de España y del mundo, aun siendo hombre de convicciones liberales, acaso judío converso —así lo sospechan algunos historiadores, aunque, cuando ingresó co-

mo sacerdote en la Orden de Santiago, en 1560, demostró que por sus venas no corría una gota de sangre judía—. Arias Montano representa uno de los enigmas más sugestivos de la historia de nuestro país, observado desde las perspectivas expuestas por Menéndez y Pelayo, Américo Castro, Marcel Bataillon, Ben Rekers y otros pensadores de fuste.

Consejero de Felipe II para los asuntos de los Países Bajos, activo participante en el Concilio de Trento, frecuente visitador de Roma; desde un principio se observa que es un personaje de notable influencia en los círculos del poder, aun hallándose dentro de las corrientes erasmistas propiciadas por el holandés Erasmo, y que, en realidad, representaban un equilibrio entre la Reforma y la Contrarreforma. Nunca fue puesta en tela de juicio su personalidad, admirado y respetado por el Rey, hasta el punto de que valorase positivamente las opiniones de su consejero y bibliotecario del Real Monasterio. Solamente ocho años después de su muerte, ocurrida en su finca extremeña de Peña de Aracena o Sevilla, en 1598, donde

solía recluirse para meditar. Toda su obra escrita fue llevada al Index y condenada. Para ese rigor excomulgatorio no interrumpe el halo benefactor de un fraile que es honra y prez del pensamiento religioso español, y que figura entre los colaboradores más íntimos del llamado Rey Prudente, lo que viene a significar que éste no era tan oscuro y excluyente como le presentan los poetas románticos del siglo XIX y demás adversarios del significado contrarreformista del Monasterio de El Escorial, gigantesca empresa levantada con un fin más alto de cultura y de historia.

DESDE FLANDES A EL ESCORIAL

Estudiante en Sevilla, a los quince años de edad escribe un libro acerca del valor de las antiguas monedas castellanas, lo que viene a demostrar que era estudioso y con talento desde la precocidad; poco después se matricula en arte y al mismo tiempo participa en los movimientos erasmistas, pues Sevilla es la única ciudad española donde está permitida la libre circulación de ideas y de razonamientos filosóficos. En 1550 profundiza en el estudio de lenguas orientales y textos bíblicos, ahora en Alcalá de Henares, de tal manera que cuando llega a Salamanca y Roma es una autoridad en estas materias. En 1562 intervino en el Concilio de Trento, siendo elegido a continuación capellán de Su Majestad, que seguía de cerca la carrera de aquel hidalgo extremeño. Amigo de Fray Luis de León, el profesor de hebreo de Salamanca, al que le unían tantos sentimientos, y que fue condenado por la Inquisición, también lo era del duque de Alba, el mecenas que atendió los proyectos religiosos y literarios de Teresa de Ávila y Fray Luis de Granada. Por eso, Arias Montano pudo promulgar más tarde un índice de libros prohibidos, incluso más amplio y liberal que el de Valdés, y que está considerado como una obra maestra del género, sin la que no es posible comprender una época determinada de la historia española y los entresijos de las trabas halladas por los pensadores independientes del poder establecido, tanto del político como del religioso, enlazados entonces. Implicaba un grado de heterodoxia, a dos pasos de Erasmo, junto al pensador holandés (1467-1536), primer humanista, continuador de Tomás Moro y autor de trabajos teológicos y de humanismo progresista, a quien el filósofo valenciano Juan Luis Vives, una de las grandes galerías del pensamiento español, sobre todo después de los estudios de Menéndez y Pelayo y Bonilla San Martín, profesaba inmenso respeto y veneración, habiéndole conocido en la Universidad de Lovaina, y con el que mantuvo interesante correspondencia. Pero decíamos que Arias Montano actuaba como misionero familista en el sentido amplio de activista y propagador, con buen número de monjes e intelectuales integrados en aquella familia casi subversiva, tanto en Flandes como en España.

Porque en 1568 su protector Felipe II decidió enviarle a los Países Bajos no sólo para que supervisara la edición de la gran Biblia Políglota, sino porque le interesaba tener una información ecuaníme de lo que ocurría en aquellos dominios sacudidos por múltiples problemas, una vez provocado el cisma de Lutero. En Amberes y otros centros flamencos estableció relación amistosa con eruditos de dudosa ortodoxia, realmente erasmistas, presentes en la imprenta de Plantino, lugar donde se organiza la misión familista de amor y tolerancia. Se declara familista, pero ello no es óbice para cada día adquiriera mayor influencia, y aumente la estimación del Rey. Esta conducta parece garantizada por el hecho de que, habiendo sido defensor del gobernador duque de Alba, se ve obligado a distanciarse de él cuando advierte la dura represión que impone sobre el pueblo flamenco, situación que Arias Montano estima que debe cambiar por clemencia y comprensión, capaces de llevar la paz al país.

Debido a estas recomendaciones, Felipe II desplazó al duque de Alba por Luis de Requesens, instándole a que siguiera los consejos de Arias Montano, según comentan Marcel Bataillon y Ben Rekers en sus libros *Erasmo y España* y *Arias Montano*, publicado éste por Editorial Taurus en 1973.

Abandonó Amberes en 1575. En Roma trató de convencer a los cardenales de la necesidad de una interpretación más liberal del decreto tridentino sobre la Vulgata. No se le hizo caso, como tampoco halló demasiadas facilidades respecto a la impresión de la Biblia Políglota, edición impresa por Cristóbal Plantino en 1572, costeada por el Rey de España y bajo la dirección de Montano, que completa la complutense del cardenal Cisneros con la versión latina y la del texto hebreo, a la que se añade la antigua versión siríaca del Nuevo Testamento en caracteres sirios y hebreos y una interpretación latina de esta última. Y en 1576, ya en España, se le encomendó la dirección de la Real Biblioteca del Monasterio de El Escorial, donde permaneció diez años y estableció un monumento bibliográfico acaso sin parangón en el mundo. Paralela a su labor intelectual, continuó en el Monasterio la acción de captación de monjes para la familia neoerasmista, incluyéndose en el grupo los bibliotecarios, como por ejemplo, el extraordinario José de Sigüenza, cronista de la obra herreriana, Fray Aleajos, Juan de San Jerónimo y Bartolomé de Santiago, entre otros monjes de alta alcurnia cultural, estuvieron relacionados con los misioneros familistas. De tal forma, que el Monasterio no fue, exclusivamente, la fortaleza del imperio castellano-español y de la intransigencia teológica, sino una simbiosis de ambas corrientes, de humanismo y de ciencia histórica. Allí se podían leer libros prohibidos por el Santo Oficio con el consentimiento del Rey, el mismo hombre que no consintió que el Padre Sigüenza, cuando fue encartado por la Inquisición, fuese perseguido y encarcelado como Fray Luis de León veinte años antes. Estuvo menos de un año recluso en el monasterio toledano de Sisla, acusado de practicar el luteranismo y otras creencias heréticas. La admiración que Felipe II sentía por el talento del bibliotecario y posterior prior del Real Monasterio impidió la severidad del proceso. Cabe añadir que el Padre Sigüenza supo denigrar a Erasmo, de tal forma que era en realidad un elogio, teniendo en cuenta las circunstancias prevalecientes en su tiempo, deduciéndose que lo que hacía era defenderle y propagar su mensaje. Muchos siglos más tarde, en el momento en que el catedrático y ex ministro Fernando de los Ríos desembarcaba en Nueva York como exiliado, el funcionario de Aduanas le preguntó, de acuerdo con el precepto legal, si era católico, protestante o no creyente. El político respondió: erasmista.

CUATRO SIGLOS EN LA BIBLIOTECA

La Biblioteca concebida por Felipe II y organizada por Arias Montano y los sucesivos bibliotecarios, hasta José de Quevedo en el siglo XIX, autor de un ambicioso volumen sobre la construcción del Monasterio de obligada consulta para los investigadores, y del agustino Teodoro Llorente, que lo es hoy, constituye un estímulo cultural de enormes dimensiones. A pesar del deterioro que sufrió por diversas circunstancias, se conservan 75.000 manuscritos, libros, objetos de valor, publicaciones que arrojan luz y son un espejo en el que se refleja la cultura de muchos siglos, como un camino que nunca cesa, y que es consultado en la actualidad por historiadores y estudiosos del mundo entero. El caso de una profesora francesa, que desde hace quince años dedica el mes de agosto a vivir entre libros y manuscritos, no es una excepción, sino la confirmación de la regla.

Esto se debe al universo cultural reunido y estructurado por Arias Montano y Sigüenza a partir de los 4.000



Una de las librerías de la Biblioteca del Real Monasterio de El Escorial.

libros aportados por el propio Felipe II; la colección de volúmenes italianos donados por el embajador don Diego Hurtado de Mendoza, incluidos manuscritos e incunables; los 133 que procedían de la Capilla Real de Granada, y que habían pertenecido a los Reyes de Castilla, como Alfonso X, libros de Horas de Isabel la Católica; los 94 del obispo de Plasencia, don Pedro Ponce; los 234 de Jerónimo de Zurita; 87 del doctor Juan Páez de Castro; 293 procedentes de Mallorca, Barcelona y otros monasterios, sin que faltasen los de Raimundo Lulio; 31 del prior de Roncesvalles; 139 libros prohibidos por la Inquisición; 206 de Arias Montano; 486 propiedad del marqués de los Vélez; 935 del cardenal de Burgos, Bobadilla y Mendoza; 135 del arzobispo de Tarragona, además de diversas donaciones de manuscritos griegos, hebreos, códices y auténticos tesoros de índole cultural. Por orden del Rey, Arias Montano, Ambrosio de Morales, Alonso del Castillo y diferentes comisionados viajaron por Africa y Europa tras la búsqueda de esos fundamentos de la cultura. Es decir, en principio unos 10.000 volúmenes,

fondo aumentado después con las bibliotecas de Ramirez de Prado, del sultán Muley Zidán, conjunto de 4.000 textos árabes bellamente ilustrados y decorados, igual que diferentes documentos literarios e históricos, del conde-duque de Olivares, de los grandes autores del siglo XVI, las obras musicales del Padre Soler y un etcétera interminable, por fortuna.

En 1671, un gran incendio, que tardó quince días en extinguirse, destruyó un buen número de libros, como también causó estragos la acción depredadora de los franceses en 1808. Sin embargo, se conservan más de 40.000 impresos, 2.000 manuscritos árabes, unos 2.000 latinos y de lenguas vulgares, 580 griegos y 72 hebreos, expuestos en las vitrinas de la sala de exposición y en los archivos. He aquí una breve relación del contenido de las vitrinas turísticas, tomadas del libro del Padre Zurbito (Madrid, 1929) titulado *San Lorenzo de El Escorial*, que apenas difiere del actual: Apocalipsis de San Juan, del siglo XIII, con todas sus páginas iluminadas y miniadas con viñetas y cenefas de exquisito gusto; Misal romano

Primer frontispicio
de la Biblia Poliglota
de Plantino.

Arias Montano,
sabio humanista y liberal,
asesor de Felipe II
en la obra cultural
del Monasterio.



del siglo XV; Devocionario de Isabel la Católica; Breviarios de Carlos V y Felipe II iluminados; libros árabes y persas suntuosamente decorados al estilo oriental; ejemplar de la Biblia del siglo XIV; colección de poemas provenzales; un Virgilio del siglo XV; novela fantástica francesa del siglo XV; un texto antiguo en lengua azteca; la crónica troyana del siglo XIV; códices medievales; copia del códice Emilianense; cosmografía de Tolomeo; de astronomía; Cantigas de Alfonso X el Sabio; libros de ajedrez; incunables, obras de Cicerón, Virgilio, Horacio, Tito Livio.

Instalada la Biblioteca en un salón de 54 metros de largo por 9 de ancho, antesala de la de lectura y archivos, utilizando maderas finas y mármoles, su conjunto es un exponente de arte, suntuosidad y maravillas pictóricas en las bóvedas, testeros, frisos, divisiones, lienzos, arcos, pilastras, obras de artistas de fama mundial y representación alegórica en pintura de la Gramática, Retórica, Dialéctica, Aritmética, Música, Geometría. En la academia filosófica de Platón, en Atenas, había un fron-

tispicio prohibiendo los estudios a quienes no supieran Geometría y Astronomía. Los asuntos representados en los frescos se deben a la inspiración del Padre Sigüenza, que siguió de cerca la realización de las obras desde la perspectiva artística, habiendo clasificado y ordenado la Biblioteca con Arias Montano y Juan de San Jerónimo. Dos lienzos situados sobre un mueble monetario y en el muro de poniente ensalzan las figuras de Sigüenza y Arias Montano como un símbolo de la Real Biblioteca de El Escorial, centro universal en su género. Cuando en 1983 recorreremos el salón principal y la sala de la lectura, entre grupos de turistas culturales y especialistas del saber histórico, abrumados por tanta grandiosidad artística y de objetos y ejemplares preciosos en el entronque más firme de la cultura y de la sabiduría, uno no tiene más remedio que reclinar la cabeza y de sentirse orgulloso de aquellos benefactores que fundaron esta institución, y que se palpan en el ambiente: Benito Arias Montano y José de Sigüenza, artífices del impulso cultural de Felipe II. Al César lo que es del César...